

Reseñas

CARLA CORDUA, *Wittgenstein, reorientación de la filosofía*, Santiago, Chile, Dolmen, 1997.

El último libro de la profesora Carla Cordua, se propone, según palabras de su autora, "presentar juntos el pensamiento de Wittgenstein y la peculiar fisonomía de su actividad e intenciones filosóficas" (p. 13). No hay duda que lo logra, pues, a lo largo de sus páginas, en la medida en que se van desplegando los principales planteamientos filosóficos de Wittgenstein se va articulando una clara representación de la orientación que quería darle este filósofo a su actividad. De manera tal que en este libro habla Wittgenstein y se oye hablar sobre Wittgenstein, todo bajo la orientación de alguien que conoce profundamente su obra. Así pues, se trata de un texto notable, no sólo por lo que dice sino particularmente por lo que hace.

El libro está fundamentalmente dedicado a la comprensión de la actividad filosófica del llamado segundo Wittgenstein, el de las *Investigaciones Filosóficas*, pero tiene como uno de sus referentes principales la crítica que hace el propio pensador austríaco a su *Tractatus Logico-Philosophicus*. No busca explicar este tránsito, pero sí su resultado considerando desde donde partió. El tema central no es el desarrollo intelectual de Wittgenstein, sobre el cual se ha escrito bastante, sino el desarrollo de la actitud filosófica de este pensador.

No es un libro que pretenda tratar lo que a veces se ha llamado la concepción sobre filosofía de Wittgenstein (como se hace en la conocida obra de Fann), mas bien busca mostrar cómo Wittgenstein hace filosofía y por qué crítica radicalmente otros modos cómo se ha pretendido hacer filosofía. De modo que al examinar esta "reorientación de la filosofía" el tema no es la filosofía, sino la nueva orientación que le da Wittgenstein al quehacer filosófico.

Para lograr este cometido el libro está estructurado en dos partes: la primera compuesta por diez capítulos y la segunda por nueve apéndices, los cuales, a pesar de su nombre, son muy relevantes. En la primera parte, que constituye dos tercios de la obra, se van presentando gradualmente los elementos neces-

rios para comprender el contenido y la orientación de la obra de Wittgenstein, y luego, en los apéndices, se agregan elementos útiles para evitar muchos equívocos con respecto a su pensamiento, varios de los cuales la autora diagnostica acertadamente en la literatura crítica sobre Wittgenstein. De manera tal que todos los apartados de este libro son importantes para entender su sentido.

El libro comienza por el capítulo "Filosofía y ciencia como teoría" y termina preguntando, en el último apéndice, "¿Teoría, investigación o qué?". Así pues, la relación entre filosofía y teoría constituye un eje medular de toda la obra: la filosofía para Wittgenstein más que una actividad teórica es una actividad moral (o ética, como podría preferirse decir). De hecho, a lo largo de sus distintos apartados el texto va mostrando distintas facetas de lo que Cordua llama "el talante de la obra de Wittgenstein" (p. 13). Pasemos pues a ver los puntos principales de los diez capítulos del libro.

En ese primer capítulo, de entrada, se señala que "las declaraciones de Wittgenstein sobre su propia actividad filosófica excluyen de plano que tal actividad pueda redundar en una teoría" (p. 17). Aclaración que, dicho sea de paso, le hace mucho bien a la extensa literatura secundaria sobre este filósofo. La filosofía de Wittgenstein no es una teoría acerca del lenguaje, como algunos piensan. Su propósito es investigar lo que él denomina la "lógica del lenguaje", dando así lugar a una gramática filosófica, pero no como un cuerpo teórico sino como una actitud frente a nuestro vivir en el lenguaje. En este capítulo se presentan los primeros elementos de la crítica que hace Wittgenstein a la ciencia y la filosofía tradicionales. Lo que no implica, como aclara la autora, que Wittgenstein fuera contrario a la ciencia, si bien tampoco era un cientificista (cf. p. 39). Su crítica apunta a la extralimitación que se ha hecho de la teoría, entendida "a la luz de lo que son las ciencias modernas, como explicación de hechos, formulación de hipótesis y de leyes universales" (p. 25). El problema radica en que no podemos explicarlo todo, especialmente si se tiene como modelo la explicación causal. En tanto se distinguen lo fáctico y lo conceptual, se puede entender porque, según Wittgenstein, en filosofía lo que se debe buscar es aclarar, esclarecer, clarificar. Así pues, según Cordua, este pensador se habría empeñado en enseñar que "no hay manera de determinar en general y por adelantado si cierta materia requiere siempre o no tolera nunca un tratamiento científico riguroso. Sólo tratando de hacerlo se verá. Esto es lo que el odioso cientificismo de nuestro siglo ignora." (p. 41).

El segundo capítulo, "La teoría: perspectivas críticas", ahonda en este tema, y trata tres aspectos muy importantes: generalidad, causalidad e hipótesis. Entre muchas otras cosas resalta el "hambre de generalidad" que caracterizaba al quehacer filosófico previo a Wittgenstein y que llevaba a querer hacer "teoría siguiendo el modelo de las ciencias particulares modernas" (p. 56), actitud que él buscaba destronar. Un punto especialmente destacable de este capítulo es la

caracterización de las hipótesis como "leyes para la formación de oraciones y no una oración que se refiera a cosas observables" (p. 69), por lo que las hipótesis no sean ni verdaderas ni falsas, como sí lo son las oraciones sobre lo fáctico.

El tercer capítulo, "La filosofía y la vida común y corriente", entra de plano en la reorientación de la filosofía, y lo hace ocupándose del surgimiento de los problemas filosóficos, los llamados "puzzles filosóficos". Mucho se ha escrito al respecto, pero los comentarios de Cordua, así como su selección de textos, resultan muy esclarecedores. Por ejemplo: "lo común y corriente es pensar en las cosas y no en los conceptos de la cosas, como hace el filósofo" (p. 101). En este capítulo se expone la crítica de Wittgenstein al esencialismo y luego se presenta su consideración de la filosofía como una actividad moral, de modo que, según sus palabras en las *Investigaciones Filosóficas*, "el verdadero descubrimiento es el que me permite dejar de hacer filosofía cuando quiero". Este capítulo es determinante para entender el contexto de se el libro.

El cuarto capítulo, "El fenómeno de la lógica", está principalmente dedicado a mostrar cómo la obra posterior de Wittgenstein critica la concepción de la lógica del *Tractatus*. Este es un paso necesario para comprender la investigación de la lógica del lenguaje, tal como se hace en las obras posteriores. Para esto fue preciso, como señala Cordua, "haber renunciado al ideal de la unidad simple e inmovible de la lógica y haber admitido que la variabilidad y la mutabilidad del lenguaje afectan decisivamente a la lógica misma" (p. 120).

En el quinto capítulo, "Necesidad", se desarrolla mas cabalmente la concepción posterior sobre la lógica aclarando en qué sentido se puede hablar de necesidad lógica en el lenguaje. Eso lleva a esclarecer nociones tan importantes como regla y cálculo, a fin de comprender qué tipo de necesidad está involucrada en ellas. El capítulo concluye señalando que "la filosofía describe (pero no explica) los diversos papeles de la lógica en un lenguaje; o clarifica las conexiones gramaticales implicadas por el lenguaje común, por los conceptos y las inferencias que forman parte de su uso, por el modo de representación contenido en él" (p. 149). Además, "lo que la filosofía que habla de la lógica dice tampoco son genuinas oraciones o aseveraciones sino expresiones de reglas gramaticales o reflejos de tales reglas." (p. 149).

El siguiente capítulo, llamado "El contexto de la necesidad", profundiza en este tema, enfatizando que "la investigación del lenguaje, como Wittgenstein la entiende y la lleva a cabo, es investigación de actividades o prácticas" (p. 154). Así pues, se trataría de mostrar cómo es que en esas actividades o practicas reside la necesidad.

El capítulo séptimo, "Claridad", es tal vez el más impactante de toda la obra. Comienza señalando que "El propósito de la filosofía es la claridad, la comprensión clara de lo que, sin un esfuerzo especial, quedaría sumido para el filósofo

en la confusión y la oscuridad" (p. 173). En palabras del mismo Wittgenstein: "La paz del pensamiento. Esta es la meta anhelada del que filosofa" (apud p. 177). De modo que "el filósofo trabaja sobre sí mismo", lo cual nos trae de lleno al tema de la filosofía como una actividad moral y que aquí se desarrolla comparando la posición de Wittgenstein en el *Tractatus* y las *Investigaciones* (ver p. 182 ss). Este capítulo profundiza entonces en el problema acerca de cuál es la claridad que busca el filósofo y de qué tipo puede ser esa claridad. Más adelante volveremos sobre este punto, pero por ahora conviene señalar que en este capítulo se presentan nociones fundamentales en el quehacer filosófico de Wittgenstein, tales como los "parecidos de familia" (cf. p. 191), así como la distinción entre buscar causas y razones, lo que permite entender la diferencia entre "la explicación científica y la explicitación o clarificación filosófica" (p. 199).

El capítulo octavo está dedicado a la "Explicación con ejemplos", esto es, con ejemplos paradigmáticos. Es una presentación global de uno de los métodos más utilizados por Wittgenstein y que permite ver lo que él hace en su trabajo filosófico. Muchos puntos se podrían destacar, pero hay una nota que no puedo dejar de citar en toda su extensión:

Una de las características de la manera dogmática de pensar, sostiene Wittgenstein, es "la concepción que hay problemas para los que alguna vez, más tarde, se encontrará solución" [Tomado de *W. y el Círculo de Viena*]. Esta perspectiva protege a la conceptualización actual del problema y a sus supuestos de todo escrutinio crítico. En materias conceptuales ya lo tenemos todo, ahora mismo y a la vista (p. 216).

Siguiendo la tónica del anterior, en el noveno capítulo, "Análogos del lenguaje", se abordan las famosas analogías del lenguaje: particularmente la comparación del lenguaje con una caja de herramientas, con una ciudad y con los juegos, siendo esta última la más destacada y la que dio lugar a los famosos juegos del lenguaje, que se tratarán en el capítulo siguiente. En este capítulo los aportes de Cordua a la interpretación de la obra de Wittgenstein se hacen aún más explícitos. Particularmente, por una parte cuestiona muy incisivamente los planteamientos de algunos críticos, tales como Bubner (cf. p. 254 ss.), y, por otra, presenta un interesante puente hacia el distingo heideggeriano entre el "*Vorhandensein*" y "*Zuhandensein*" (p. 252).

El décimo capítulo, llamado "El lenguaje y los juegos", concluye logradamente el cuerpo principal de la obra. Comienza aclarando que la noción de juegos del lenguaje es un neologismo cuyo sentido no resulta fácil de delinear con claridad. Para el efecto muestra los distintos sentidos que tiene en alemán los términos "*Spiel*" y "*spielen*", y en inglés "*game*" y "*play*", señalando cómo algunos se pierden al ser traducidos al español, al paso que en nuestra lengua se agrega otro que puede resultar muy sugerente, este es el de "hacer juego", en el

sentido que "los muebles del living hacen juego" (cf. p. 267). Resalta también el análisis que Cordua hace de los rasgos comunes del actuar conforme a reglas tanto en el lenguaje como en los juegos, que son los que llevan a preferir la analogía de los juegos a la del cálculo, donde también se actúa conforme a reglas, haciéndose así explícita la distancia con respecto a la posición del *Tractatus*. Distancia que la autora profundiza mostrando cómo Wittgenstein abandona la concepción "pictórica del lenguaje" del *Tractatus*, ya que en las *Investigaciones Filosóficas*, "el lenguaje no copia a las cosas reales ni repite la estructura del mundo (IF 291-292); los juegos del lenguaje tienen, como los otros juegos, un sentido interno que depende de las relaciones entre sus partes y de sus reglas características" (p. 287). Esto le da una particular fortaleza a la analogía de los juegos del lenguaje, pero al mismo tiempo le impone limitaciones, ya que los juegos parecen tener una autonomía que no tiene el lenguaje, pues, como decía Wittgenstein: "El lenguaje solo dice [al mundo] y no puede decirlo mas que a él" (apud p. 291). Este es un punto muy problemático con relación a esta analogía y que, a juicio de Cordua, ha dado lugar a muchos malentendidos (cf. p. 290). Señala entonces que éstos pueden superarse en la medida en que se comprenda que la autonomía de lenguaje (análoga a la de los juegos) se tiene que entender en el sentido lógico-gramatical (cf. p. 292). A raíz de lo cual Cordua presenta la siguiente caracterización: "El lenguaje, como los juegos, es una invención humana colectiva que, significando al mundo de que trata, exhibe oblicuamente también a los inventores de los signos mediante los cuales se refiere a él." (p. 293).

En la segunda parte del libro, a lo largo de los apéndices que la componen, se vuelven a tratar varios de los aspectos antes estudiados, así como ciertos puntos nuevos. Los que ya se habían tratado son ahora abordados desde perspectivas más específicas o relacionadas a problemas más particulares. Los nuevos se refieren a puntos que no tendrían cabida en el desarrollo del cuerpo principal del libro, pero que sirven para entender mejor lo hecho por Wittgenstein.

Hay dos apéndices en los que se vuelve a tematizar la crítica a la teoría y referirse a ellos puede ser una buena forma de terminar esta descripción de la obra. Así pues, en el segundo apéndice la autora hace una interesante correlación con la crítica de la teoría formulada por Heidegger, lo que constituye uno de los aportes más singulares del libro. El último apéndice vuelve a tratar el tema de la reorientación de la filosofía y lo hace a través de una pregunta: "¿Teoría, investigación o qué?", atractivo modo de concluir el libro. En él se dice que "la filosofía es para Wittgenstein mas bien diversas investigaciones de asuntos particulares que se emprenden con el propósito de clarificar significaciones enredadas y deshacerse de perplejidades filosóficas" (p. 373). Esto de alguna manera engloba lo dicho a lo largo del libro, pero no cierra la problemática.

tica sino que, por el contrario, abre el camino hacia una comprensión más profunda de esta opción filosófica. De hecho, Cordua concluye sugiriendo que la obra de Wittgenstein constituye "un grupo organizado de investigaciones lingüístico-conceptuales ordenado alrededor de ciertos problemas que se dejan suprimir mediante la clarificación de significados" (p. 377). Desarrollar esta propuesta es tarea para el futuro.

Quisiera concluir señalando que en este contexto vuelve a surgir algo que siempre resulta inquietante con respecto a la obra del filósofo austriaco y que Cordua presenta así: "Wittgenstein dijo de su propia actividad que era, a lo sumo, una heredera de lo que solía llamarse filosofía. Pero parece, a juzgar por los resultados, que no aclaró suficientemente qué era, precisamente, lo que se proponía prolongar de aquella tradición y qué lo que quería relegar al pasado irrecuperable" (p. 374). Esto puede llegar, incluso, más allá; de hecho, Carlos Alchourrón me contó que Henrik von Wright en una conversación le dijo que Wittgenstein tenía una impresionante capacidad para que la gente que lo escuchaba en clase sintiera que se había clarificado el asunto tratado, pero que surgían problemas si uno le preguntaba a quienes lo habían escuchado por lo sucedido, pues nunca parecía quedar claro cómo se había clarificado lo que se había clarificado y que a veces no se lograba tener claridad con respecto a qué era lo que se había clarificado. Resulta paradójico que queriendo convertir a la filosofía en una actividad de esclarecimiento conceptual se hayan originado tantas controversias sobre los propios esclarecimientos e incluso acerca de la actividad misma. La extensa bibliografía que se ha escrito sobre Wittgenstein, parte principal de la cual se encuentra señalada en la magnífica bibliografía de este libro, es una buena muestra de esto.

En este libro se da, quizás, otra situación paradójica: él es bastante más claro que los textos de Wittgenstein, lo cual en parte se logra prefiriendo más dilucidar que evaluar críticamente los planteamientos de este filósofo, constituyéndose así en una excelente exposición de su pensamiento, pero esta opción lo hace ser la aclaración sobre lo dicho por un filósofo, lo cual resulta poco wittgensteiniano. Ahora bien, ello le da un especial valor pues muestra que, siguiendo a Wittgenstein, Cordua ha construido otra escalera para acercarse a su actividad filosófica. En suma *Wittgenstein: reorientación de la filosofía* constituye un indudable aporte del trabajo filosófico hecho en Latinoamérica al debate en torno de uno de los filósofos más importantes del siglo que termina.

ANDRÉS BOBENRIETH

Universidad de Valparaíso (Chile)

J. L. GIL DE PAREJA: *La filosofía de la psicología de Ludwig Wittgenstein*, Barcelona, Promociones y Publicaciones Universitarias, 1992, pp. 368.

Sobre la filosofía psicológica de Wittgenstein

La presente obra se ocupa de las más importantes ideas de Wittgenstein acerca de la psicología. El filósofo se separa en varios aspectos de las ideas filosóficas tradicionales en esta área de la psicología. Así el mayor énfasis de Wittgenstein se da en el rechazo del método de analizar el propio caso para llegar a conclusiones psicológicas. En este punto -y en muchos otros- se opone al cartesianismo. Una razón que aduce el filósofo es que a partir de un único caso -el mío- no se puede generalizar. También rechaza lo que él denomina un lenguaje privado. Es ésta otra razón en contra del análisis centrado en el propio yo. Consecuencia de lo anterior es el rechazo de la tesis de que tengamos acceso privilegiado a nuestros propios actos mentales y que ese acceso pueda considerarse infalible. En el lenguaje privado se supone que sólo el propio sujeto sabe el significado que otorga a las palabras. El elabora su propia semántica. Wittgenstein rechaza también que el acceso a otras mentes se dé por analogía con el propio caso. Yo tendría "que imaginar el dolor que no siento sobre el modelo del dolor que siento". No me es posible atribuir a los demás lo que sólo es verdadero del propio caso.

Asimismo, el filósofo argumenta que defender el acceso privilegiado a la propia mente lleva inmediatamente al solipsismo. Es necesario subrayar que Wittgenstein parte siempre de un análisis del lenguaje para el estudio de los fenómenos psicológicos. En cuanto al argumento contra el acceso privilegiado, él afirma que, por ejemplo, en el caso del "dolor" no soy yo quien le otorgo significado al término, sino que dicha palabra tiene ya un uso público, y que, además, se establece en relación con la expresión natural del dolor. Obviamente esto no supone que uno no sienta privadamente el dolor.

Un lenguaje privado le resta tuerza y eficacia a la principal tarea del lenguaje que es la comunicación. El lenguaje es parte de una forma de vida y tiene en ella sus raíces. Por eso, Wittgenstein pone mucha atención al uso de los términos que se refieren a eventos psicológicos. "Wittgenstein señala que los datos de la experiencia subjetiva deben confrontarse con otros relativos al contexto y a la conducta, para resaltar así que la introspección no lleva a un conocimiento completo, directo e irrefutable de la mente humana" (69). Gil de Pareja apunta una observación crítica. "A mi juicio debe también considerarse la herencia de la reflexión filosófica sobre lo psíquico obtenida mediante introspección. Esta práctica nos legó importantes datos relativos a la experiencia subjetiva" (69).

Señala también el autor que "rechazar la autoobservación como el mejor camino de acceso a lo mental no significa eliminarla, como hace el conductis-

mo radical" (69). La posición de Wittgenstein acerca del conductismo la expone más adelante el autor con todo detalle. Wittgenstein evita tanto el mentalismo exagerado como el conductismo exagerado; también se opone al análisis meramente biológico de la mente. Se rechaza el mentalismo porque conduce a un paralelismo que él califica de desorientador y también porque conduce al dualismo. Gil de Pareja aclara que para Wittgenstein "los eventos mentales no son reducibles a realidades físicas, pero su postura no invalida la tarea de la ciencias de la naturaleza en su intento de construir modelos explicativos del funcionamiento de la mente humana" (71).

El propósito del filósofo no es desarrollar una psicología, sino un trabajo filosófico tal como él lo concibe: clarificación conceptual mediante el análisis lingüístico. Desembarazarnos de las confusiones conceptuales de que aún adolece la ciencia psicológica. Wittgenstein rechaza el monismo metodológico que defiende el positivismo. Asimismo, respeta la autonomía de la ciencia pero al mismo tiempo no supedita la filosofía a la ciencia. Por eso rechaza toda analogía entre los conceptos de las ciencias naturales y los de la psicología. La psicología no es reducible a física ni a biología. La psicología es una ciencia del sujeto humano y por ello es el lenguaje el que nos pone en la justa perspectiva. El determinismo es válido en las ciencias naturales en la medida en que éstas operan con experimentos. Pero esto no puede hacerse en psicología pues ésta trata de motivaciones y sentimientos. De lo cual concluye el filósofo que tampoco le preocupa que en psicología no haya leyes como en las ciencias naturales. De hecho Gil nos dice que Wittgenstein "descarta todo intento de buscar leyes invariables de la conducta humana" (85). El filósofo austríaco rechaza que la psicología trate de una entidad que denominamos "mente", y mucho menos como algo inaccesible, oculto, o como una "espíritu en la máquina".

Entre 1947-1948 Wittgenstein escribió *Bemerkungen über die Philosophie der Psychologie* y en esta obra esboza un plan de tratamiento de los conceptos psicológicos. En este plan habla de: sensaciones, emociones, y de la diferencia entre la primera y la tercera persona. "La tercera persona del presente tiene que verificarse mediante observaciones, en tanto que la primera no" (91).

Ante todo Wittgenstein le interesa una visión sinóptica de los conceptos psicológicos a través de su uso en el lenguaje ordinario, pues es necesario ver las interconexiones entre estos conceptos, unos arrojan luz sobre los otros. Además, ver sinópticamente evita que nos enredemos en nuestras propias reglas. Utilizando su análisis del lenguaje, en el cual cuestiona que el significado sea el objeto al cual se refiere la palabra, Wittgenstein rechaza la idea de usar el "yo" como un concepto referencial. La autoobservación no es aceptable como medio de conocimiento de lo interno. "Al negar que exista una observación privada exenta de duda, Wittgenstein insiste en la asimetría entre la primera y tercera persona como delimitadora del ámbito de lo interno" (99).

Wittgenstein distingue entre experiencia y "vivencia". Las emociones son vivencias pero no son experiencias; las impresiones (sensoriales) son experiencias. Gil afirma que para el filósofo "la psicología es algo esencialmente vivencial" (100). Por su parte el propio Wittgenstein afirma: "Las experiencias tienen una duración y un despliegue: pueden acontecer uniformemente o no uniformemente. Tienen intensidad. No son referencia del pensamiento" (100). En la experiencia ubica todo el ámbito perceptivo. No obstante, Wittgenstein no clasifica como vivencias a todos los estados mentales. Pero puede decirse que uno vive sus propios estados mentales. Por ejemplo, el pensamiento no lo considera como una vivencia.

En general caracteriza los conceptos psicológicos por los siguientes rasgos: duración, intensidad, expresión característica de la conducta, sujeción a la voluntad y relación con su objeto" (101). La relación con el objeto es la intencionalidad. En cuanto a la duración, Wittgenstein la aplica a las sensaciones, pero no a la creencia ni a la comprensión. No preguntamos cuánto tiempo dura una creencia. También distingue estados de conciencia y disposiciones. Escribe Wittgenstein: "La diferencia general entre todos los estados de conciencia y las disposiciones me parece que radica en que, mediante comprobación alguna, uno no puede cerciorarse de que éstas últimas continúan" (Citado, p. 103). Los eventos mentales muestran también la característica de tener un grado de intensidad. Asimismo, tienen una localización corporal. Localizamos las sensaciones, el dolor, pero no localizamos una emoción ni una sensación cinestésica.

Wittgenstein analiza la sensación desde una perspectiva holística. La sensación nos da la información que nos brindan los sentidos. La percepción conduce a la representación del objeto. Está sujeta a interpretación no sólo individual sino también social, debida al grupo a que uno pertenece.

El lenguaje hace público lo que en la percepción es privado. "Wittgenstein entiende que el significado de las palabras relativas a sensaciones adquieren su significado al hilo de la publicidad del uso lingüístico, pues yo sé lo que es "dolor" cuando aprendo la gramática del "dolor". De ahí que el acceso a lo privado venga mediado por el uso intersubjetivo del lenguaje, de modo que se llega a lo privado mediante el uso de algo público" (123).

El aprendizaje se produce en forma muy específica en los seres humanos y ocurre por virtud del lenguaje. Ello es así debido al aprendizaje de conceptos, al hecho de la regularidad práctica al seguir reglas y al hecho de aprender distintas formas de cálculo. El aprendizaje tiene su base en la experiencia sensorial, pero en realidad la actividad mental trasciende con mucho dicha base pues se adviene ampliamente al conocimiento consciente y reflexivo.

Wittgenstein rechaza la concepción sustancialista de la mente. Piensa que se cae en el sustancialismo al creer que el signo corresponda siempre a un "Objeto". Pero rechaza también muy enfáticamente la identificación de la men-

te con los procesos cerebrales. Wittgenstein aboga por una unidad íntima de lo corporal y lo mental, -y esa unidad es pensada como "persona". Nuestros estados de conciencia se aplican a la unidad del ser humano. La autoconciencia no se fundamenta en la autoobservación, sino más bien en la relación con las demás personas. Gil Pareja concluye: "Por un lado, acepta el carácter no material de la mente y, por otro, admite que la fisiología puede ser el aspecto externo de algo interno" (193). En alguna ocasión Wittgenstein expresó la idea siguiente:

"El cuerpo es la mejor figura del alma humana". Nuestro cuerpo no puede entenderse mecánicamente, sino que es portador de significado y expresión. "Wittgenstein no reduce lo mental a lo corporal ni tampoco escinde lo mental respecto de lo corporal. Su análisis de los conceptos psicológicos muestra que no se refieren sólo a mentes o sólo a cuerpos, sino a personas, a "*human beings*" (323).

De acuerdo a Gil Pareja el concepto de "persona es un concepto que se caracteriza por su "primitividad lógica", tal como sucede también en Strawson. Esto significa que persona es un concepto anterior a los estados de conciencia como a los estados corporales.

Wittgenstein dedicó bastante reflexión al acto de "pensar". Lo relaciona directamente con el hablar, aunque también los distingue. El pensar es propio de los seres humanos. El hablar no se reduce a ser la expresión externa del pensamiento, no son dos actividades que corren paralelas. El pensar se relaciona muy íntimamente con la acción, de hecho se lo relaciona con las "formas de vida". El pensamiento se nos hace presente en la actividad lingüística. El pensamiento no es de naturaleza material, tiene un carácter interno propio.

Junto al pensar, Wittgenstein analiza también "el comprender". Gil de Pareja observa que no ofrece una definición precisa del fenómeno del comprender. Pero describe muy en detalle distintas formas del comprender. Este no parece ser un estado de conciencia sino más bien una disposición, "una capacidad que entraña el dominio de una técnica" (:208). La comprensión no puede ser reducida al hecho psicológico de tener imágenes mentales. Wittgenstein la caracteriza como una captación mental instantánea. Pero los criterios acerca de lo que denominamos "comprensión" son externos, esto es, se manifiesta en la conducta, en el lenguaje en su uso práctico y en la acción. La acción es el indicio de la comprensión. El comprender es interno pero se expresa en forma externa.

Gil de Pareja observa que Wittgenstein no relaciona mucho el comprender con el interpretar, términos que, sin embargo, van muy unidos. También señala que no hace ver la dimensión histórica de la interpretación, aspecto en lo cual la hermenéutica ha insistido ampliamente. En cambio, Wittgenstein relaciona la interpretación con los procesos de percepción, aunque también afirma que interpretar es una forma de pensar. La interpretación se relaciona con el len-

guaje, pero también con acciones y gestos. La interpretación va incluida en los actividad lingüística, pues interpretamos signos mientras hablamos. En la interpretación utilizamos frecuentemente reglas y éstas son de carácter público. También señala que el interpretar no se reduce a una "intención" que le damos a los significados.

En cuanto al "explicar", Wittgenstein es bien enfático en evitar generalizaciones. Por eso ubica la ciencia psicológica del lado de las ciencias sociales y humanas, y no en las ciencias naturales. No caben allí explicaciones de tipo legaliforme. Las explicaciones se producen en el ámbito de un determinado lenguaje, y por tanto, va unida a la "comprensión". No obstante, esta prevalencia de la "comprensión", Gil de Pareja advierte que el filósofo vienés se diferencia de la hermenéutica de Dilthey y Gadamer porque no da prevalencia al caso individual, al caso propio y porque no remite a la historia y menos aún piensa el "comprender" como método propio de la ciencia histórica.

Wittgenstein analiza también las creencias. Señala que una peculiaridad del "creer" es que no puede usarse como algo falso por parte de la primera persona. "La creencia es una disposición del que cree, que se me revela en el otro por su conducta y sus palabras" (238). Así, Wittgenstein afirma que hay diferencia entre el pensar y el creer. La creencia va unida a su aceptación.

Para Wittgenstein "la intención" es parte de la conducta típicamente humana. "La intención supone el pleno dominio del sujeto psicológico sobre su propio actuar: es previo a la acción en sí misma considerada y se puede conocer a través de ella, pero no mediante observación directa; es un acto íntimo inobservable" (Gil de Pareja: 249). Sólo hablamos de "intencionalidad" con relación a lo mental, no a lo físico. La intención es la perspectiva personal que tenemos sobre un determinado acontecimiento. Wittgenstein se resiste a considerar la "intención" en términos de causalidad.

La filosofía psicológica de Wittgenstein ha sido caracterizada frecuentemente de conductista. Gil de Pareja discute esta taxonomía con algún detenimiento. Concluye que no puede hablarse de un conductismo en el sentido tradicional del término porque el filósofo admite "procesos mentales" -como el recordar, el pensar, el comprender-. Si bien es cierto que critica la introspección y la idea de estados internos, sin embargo, lo hace porque no hay observación de nosotros mismos, y la psicología debe acudir a la manifestación externa de la conducta. Pero lo original de la teoría psicológica de Wittgenstein es que en esta manifestación externa el lenguaje juega un papel central. Conducta pública y lenguaje (que es público por definición) son los dos pilares de nuestro conocimiento de lo mental. El conductismo filosófico de Wittgenstein está pues en esta posición metodológica conforme a la cual hemos de tener en cuenta principalmente el lenguaje y la conducta pública, pero no la observación de estados internos. Esto, sin embargo, no implica la negación de lo mental. "Su postura

no niega lo interno. Así, aunque otorga a los criterios de conducta un papel relevante a la hora de determinar el significado de las palabras relativas a lo mental, su postura no hace que se establezcan con carácter excluyente" (315).

Gil de Pareja compara la posición psicológica de Wittgenstein con la de Freud. El primero hace un análisis de la conducta partiendo del uso público y consciente del lenguaje; el segundo funda la psicología fundamentalmente desde lo inconsciente. Wittgenstein destaca la autonomía consciente del ser humano, y en ello difiere diametralmente del psicoanálisis. También el filósofo insiste en la intencionalidad y teleología de los actos humanos; conceptos estos que no son importantes en el fundador de la psicología profunda.

Esta obra de Gil de Pareja nos brinda un panorama de la filosofía de la psicología de Wittgenstein. Un panorama que no es obvio en el filósofo dado lo fragmentario de sus observaciones y pensamientos. Un panorama pero también un análisis detallado de cada uno de los hechos psicológicos de los cuales se ocupó el filósofo vienés. Se trata de un análisis paciente y bien ponderado. Evita conclusiones extremas y muestra algunas de las lagunas del filósofo en términos de psicología. En suma, una obra indispensable y muy útil para entender las investigaciones psicológicas de Wittgenstein.

Gil de Pareja señala varias veces que Wittgenstein no alude a la historicidad del ser humano ni a la historia; ni siquiera cuando habla de 'interpretación', como es corriente hacerlo. Me parece, sin embargo, que el lugar de la "historia" en la obra de Wittgenstein lo sustituye por lo que él denomina muy sabiamente "formas de vida". Todo lenguaje, todo conocimiento, toda praxis, e incluso la verdad, se da dentro del ámbito de una determinada "forma de vida". Ahora bien "la forma de vida" es otra manera de expresar lo cultural, la vida de los seres humanos en comunidades con su cultura propia. Vida cultural que es inseparable del modo de ser del hombre. Además, en algunas ocasiones Wittgenstein habla de la "historia natural" del ser humano, y ubica al lenguaje dentro de esa historia natural. Obviamente esa historia natural del hombre, no es la historia natural de los científicos de la naturaleza, los biólogos, por ejemplo.

CARLOS ROJAS OSORIO
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Humacao